

EL ARTE DECORATIVO

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

DISCURSO DE INGRESO

DEL EXCMO. SR.

DON ANICETO MARINAS

Y CONTESTACION DEL EXCMO. SEÑOR

DON AMÓS SALVADOR

EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1903



MADRID

TIPOLITOGRAFÍA DE CARLOS FERREIRO HERNÁNDEZ

Fuencarral, 12. Talleres: Barco, 23.

1903

REAL ACADEMIA
DE
BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO DE INGRESO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON ANICETO MARINAS

Y CONTESTACIÓN DEL EXMO. SEÑOR

DON AMÓS SALVADOR



MADRID

TIPOLITOGRAFIA DE CARLOS FERREIRO HERNANDEZ

Fuencarral, 12. Talleres: Barco, 28

1903

DISCURSO DE INGRESO

del

BOY VINCIENTE MARIN

en el

BOY VINCIENTE MARIN



SEÑORES ACADÉMICOS:

Al ocupar este puesto que me eleva á vuestro nivel, no he de hacer alarde de falsa modestia diciendo que no lo merezco, por que rebajarme yo sería rebajaros á vosotros, y la gratitud me obliga á enaltecerme para enalteceros.

Protestar de falta de merecimientos, sería además desacatar vuestro fallo, que por lo mucho que me honra me enorgullece lo bastante para aceptarlo de buen grado como si de fijo lo mereciera.

Para lo que sí invoco muy sinceramente vuestra indulgencia, es para esta breve disertación, que por ser mía ha de estar desprovista de toda gala retórica, pues harto sabéis que no es la literatura la que me ha dado títulos á vuestra consideración, y por la cual me hayais dispensado esta honra.

Caprichos de la casualidad hacen que ocupe este sitio con fueros de legítima posesión, por considerarlo como una herencia moral de quien me hizo también el legado inapreciable de sus sabias enseñanzas.

Al evocar el recuerdo de mi antecesor y maestro, sí que me siento de veras empequeñecido, y no por creer que ennobleció más que vosotros esta ilustre corporación, sino por el particular é íntimo ascendiente que tenía sobre mí, y por que al hallarme huérfano de sus prudentes consejos y su paternal cariño, noto á pesar mio que me falta valor para continuar la lucha y echo de menos, sobre todo, las virtudes y el prestigio necesarios para ocupar su puesto.

Cuanto tiene de enojosa para mí la cláusula reglamentaria y la práctica establecida que me obligan á escribir un discurso sin tener condiciones para ello, tiene de grata porque me proporciona la ocasión, que por otra parte aprovecharía aunque para ello tuviera que alterar la costumbre, de rendir un tributo de admiración y respeto á la ilustre personalidad cuyo vacío nunca llenaré á satisfacción mía, y cuyo ejemplo en vano trataré de imitar.

Hay en el insigne artista Don Jerónimo Suñol una doble naturaleza igualmente interesante que le hace acreedor á que su memoria sea imperecedera, y aunque ligeramente he de considerarle bajo su doble aspecto, artístico y moral.

Artista, no necesita encomios, siendo de todas conocidas sus obras, de corrección clásica y de genial inspiración; pero es de tener en cuenta muy especialmente su tendencia reformadora.

Para medir el alcance de su obra redentora; para

comprender la saludable influencia que ejerció en el arte pátrio y el impulso que supo dar á la evolución de la moderna escultura, basta comparar el progreso realizado en los cuarenta años trascurridos desde su aparición, con el anterior estancamiento de tantos años en que llegó á esterilizarse el campo de la producción artística por haberse agotado el escaso manantial de inspiración que lo fecundaba.

Facil me sería introducir aquí ejemplos que fortalecieran mi opinión, haciendo gala de una erudición adquirida á poca costa, pero renuncio á ello, porque de seguro acudirán á vuestra memoria sin necesidad de estímulos multitud de testimonios que afirmen la exactitud de lo que digo, y por que creo más honrado aunque sea menos valioso discurrir por cuenta propia.

Cierto que el cambio se hubiera realizado igualmente sin su concurso, ya por ley natural, por imperiosa necesidad de ensanchar el reducido círculo en que el arte se movía penosamente, ó bien por la influencia extranjera difundida con rapidez por todas partes merced á los medios de propaganda que hay en la actualidad, pero de todos modos á él le corresponde la honra de haber sido el iniciador.

La primera obra en que se manifestó francamente revolucionario y con la que señaló nuevo rumbo á las generaciones posteriores, fué sin duda

un paso de gigante á juzgar por datos irrecusables que tenemos de aquella fecha.

Su estatua sedente del egregio autor de la divina comedia, tan humana como profundamente psicológica, no pudo por menos que producir honda impresión en aquella época de simbolismo abstracto en que el arte tenía que ser necesariamente falso por no inspirarse en la realidad viviente.

Si en su ejecución se observa alguna reminiscencia del clasicismo imperante en su época, más la avalora que la perjudica, pues solo se refleja en la corrección de la forma y reconoce por causa la influencia del medio ambiente en que fué producida y de los conocimientos de la técnica que había recibido: pero no participa de la frialdad predominante del clasicismo en su esencia, ni acusa vacilación ni duda en la concepción de la idea.

Es seguro que semejante empresa acometida por un temperamento menos brioso y de facultades menos poderosas, hubiera fracasado; solo al genio le es dado triunfar en la primer batalla reñida contra rancias preocupaciones.

Esto, á parte del mérito sobresaliente de todas sus producciones, es lo que dá carácter especial á su personalidad artística, y es lo que todo el mundo conoce y admira; pero ofrece otro aspecto no menos interesante, y que solo conocemos los que tuvimos la dicha de tratarle intimamente; su condición moral.

Elevado á la cumbre de la gloria por su propio esfuerzo, jamás olvidó su origen humilde, ni dejó de ser morigerado en sus costumbres.

Cual si tuviera vocación irresistible por la enseñanza, sin él proponérselo ni sospechado siquiera, fluían de sus labios espontáneamente las más profundas sentencias y las más provechosas lecciones, con una sencillez encantadora y una profusión verdaderamente espléndida; y con profética persuasión llevaba al ánimo de sus discípulos que eran cuantos le oían la fe de sus convicciones, y como por trasmisión del pensamiento, los saturaba de su sólida ilustración.

Formulaba las más acerbas censuras y ejercía la más severa crítica con una dulzura acariciadora, y cuando no lograba convencer con su elocuencia, no por deficiencia suya, sino del discípulo, persuadía con el ejemplo, demostrando la verdad de sus afirmaciones.

Apartado del mundo para vivir en las regiones de lo ideal, no conocía la lucha de intrigas ni las miserias de la vida; ni envidiado ni envidioso siguió la escondida senda de que habló Fray Luis de León, y ni las exigencias de la materia ni las amarguras de la adversidad pudieron envilecer aquel corazón de oro.

Corazón virgen, alma de niño, que ya en el ocaso de su vida recordaba con infantil deleite aquella época de su juventud en que, convertido el patio

de su estudio de Roma en jardín y pajarera, se posaban en su mesa y participaban de su frugal comida los astutos gorriones, esos *golfos* de la ornitología, que no contentos con comer de su pan, se permitían á veces satisfacer otras necesidades fisiológicas diamentalmente opuestas, seguros de su impunidad, como si por instinto comprendieran que nada tenían que temer de aquel amigo cariñoso y decidido protector que les deparaba la providencia.

Impresionable á todas las manifestaciones externas y observador constante con curiosidad provechosa, para él no había grande ni pequeño; todo le ofrecía el mismo interés, y su serenidad de juicio, le hacía ser tolerante con todas las opiniones y bondadoso con todo el mundo.

Tal era el caracter íntimo de Suñol, que por sabio y por bueno es dos veces digno de la inmortalidad.

Cumplido con más voluntad que acierto el grato deber de evocar por un momento el recuerdo de mi ilustre antecesor, trataré, más bien que de desenvolver un tema, para lo que no me considero con suficientes aptitudes, de exponer con la posible claridad algunas consideraciones sobre el arte en general, y particularmente mi opinión sobre

El arte decorativo

No he de molestar por mucho tiempo vuestra benévola atención historiando desde su origen esta especialidad del arte, entre otras razones porque nada os enseñaría repitiendo cosas que son de todos bien sabidas: así es que solo fijaré mi atención en las épocas de su mayor florecimiento y en los estilos más brillantes y definidos.

Entre los varios géneros que en diferentes periodos han respondido á una necesidad, se destacan vigorosamente el gótico y el renacimiento, cada uno de los cuales por su caracter peculiar, es una verdadera revelación.

El uno con la pureza de sus líneas y su riqueza de detalles; el otro con la elegancia de sus giros y la gracia de sus modulaciones, realizan por completo el ideal de la belleza, y han producido maravillas que son y serán siempre admirables.

Por virtud de su encanto irresistible y su espiritualismo sugestivo, han arraigado de tal modo en el gusto, que á través de los siglos, y después de varias tentativas tan débiles como infructuosas en busca de nuevos rumbos, siguen ejerciendo su predominio sobre los demás géneros de ornamentación.

Pero á pesar de su mérito indiscutible, por lo mismo que tienen marcado caracter de época, creo

que su misión ha terminado, y que se impone en esa esfera del arte una transformación en consonancia con la que se ha operado en la estatuaria, como indiqué anteriormente.

Identificado con las teorías reformistas de mi sabio maestro, mis opiniones en materia de arte, podría resumirse en este lema: «adelante».

Porque en la repetición de los estilos conocidos, á pesar de su importancia, solo puede demostrarse la habilidad del artista como ejecutante, y su dón de asimilación, pero no revelar su personalidad ni aportar ideas propias.

Cuál es el camino que se debe seguir para crear una nueva escuela, es el problema que hay que resolver.

El llamado modernismo, digno de respeto por lo que tiene de aspiración, no es ciertamente la solución que se busca; tan erróneo en sus conceptos, como confuso é indeciso en su ejecución, falto de lógica en sus principios y de armonía en su conjunto, sin origen conocido, sin orientación fija, camina por sendas extraviadas y pronto se perderá en el laberinto de sus aberraciones.

Si algún beneficio puede reportar al arte, será el de abonar el campo para que por antítesis venga la necesaria reacción y de ella pueda surgir potente y sólida la reforma que se persigue.

Porque creo en verdad que para avanzar hay que retroceder aunque parezca paradoja.

Hay que retrotraerse al seno de la naturaleza para encontrar inspiración sana y siempre fresca, porque dentro de las leyes inmutables que la rigen, es fuente inagotable de constante renovación y de fecundas creaciones.

Todo lo que sea perder de vista la realidad es desviarse del buen camino, porque limitada nuestra inteligencia á no percibir más impresiones que las que le transmiten los sentidos, producidas por manifestaciones gráficas, impotentes como somos para penetrar el misterio que nos rodea hasta el punto de no concebir á Dios sino en figura de hombre, lo cual es tener muy mezquino concepto de su divinidad, solo la contemplación de la realidad puede producirnos la emoción estética é inspirarnos obras de arte en que se refleje la verdad, compañera inseparable de la belleza.

Por el contrario, toda obra imaginaria tiene que ser convencional, y en justicia no puede reputarse acertada porque no hay término de comparación á que someterla.

La prueba de que la realidad es el mejor, si nó el único auxiliar del arte, es que cuando se quiere representar un asunto fantástico, es fuerza revestirlo de forma material y tangible.

Por otra parte, como la inventiva ha sabido dar á cada forma de la naturaleza un significado en armonía con sus propiedades ó con el elemento que la sustenta, claro es que ofrece múltiples varieda-

des y recursos suficientes, para que aprovechados con acierto puedan servir de atributos á toda idea y de complemento á toda composición, creando así un género que pudiera llamarse descriptivo, y en el que con alguna meditación podría leerse como en un libro abierto.

De este modo, la misión del arte sería educativa porque el observador profano, según se fuera familiarizando con la producción artística adquiriría el mismo grado de cultura que el artista que la produjera; y el artista por su parte, tendría que ilustrarse para satisfacer las exigencias del observador inteligente.

Para responder á las necesidades modernas y merecer la atención de una sociedad ávida de reformas, necesitaría el artista poseer vastos conocimientos de literatura y arte, de geografía é historia, de ciencias físicas y naturales para no cometer anacronismos ni impropiedades que serían imperdonables.

Absurdo sería por ejemplo, representar un guerrero de los tiempos antiguos con indumentaria y armamento modernos, ó revestir un paisaje del norte con plantas tropicales.

Necesita además el artista un tacto exquisito para aplicar los detalles ornamentales de modo que completen la idea principal, y sobre todo, hacer un estudio concienzudo y metódico del natural y de la técnica del arte, para no caminar á saltos como se

ve con lamentable frecuencia, acometiendo empresas superiores á sus medios de expresión, con lo cual se malgastan esfuerzos que bien encaminados serían provechosos.

No se puede desatender sin grave riesgo de fracasar, las reglas fundamentales del arte, alardeando de una independencia de criterio mal entendida; que no es la educación artística, traba que inutiliza las alas del genio, sino ejercicio que las fortalece para que pueda volar con más seguridad y remontarse á más altas regiones.

Otro error muy comun es mostrar predilección por determinados géneros de arte, como si no fueran todos igualmente nobles, y bueno es que los encargados de educar á los futuros artistas tengan en cuenta las condiciones de cada uno dedicándolos á la especialidad para que muestren más aptitudes en lugar de encaminarlos sistemáticamente á un mismo fin.

Ciego será quien, por ejemplo, no vea en el arte decorativo materia para conseguir legítimos triunfos, y crea menoscabar su fama dedicándose á cultivarlo como si este género excluyera la estatuaría y no pudiera remontarse á lo monumental.

¿Qué son sino arte decorativo los frisos del Partenon, los frescos de la capilla Sixtina y tantas otras maravillas de esa especie?

Precisamente su esfera de acción es más amplia que ninguna, porque lo mismo puede aplicarse á

embellecer los objetos industriales de uso corriente haciendo más grata su posesión, que á enriquecer las habitaciones de un palacio destinado á los diferentes actos de la vida contribuyendo á aumentar sus placeres y á mitigar sus dolores; y así puede ilustrar los recintos destinados al cultivo del arte como dar solemnidad á los templos consagrados al culto de la divinidad.

En holocausto á las prácticas religiosas para impresionar el ánimo y fortalecer la fe, puede representarse pasajes de la historia sagrada; y al servicio de las costumbres profanas pueden aplicarse los elementos que esten más en armonía con el objeto á que se destinen y la reproducción de escenas de la vida real:

El género religioso, que por su índole especial ha sido siempre la más alta representación del arte, en el que no basta la pureza de la línea que ha de ser sobria y reposada, sino que ha de tener un fondo de espiritualidad y misticismo difícil de conseguir, siendo pocos los que lo han sentido y expresado con la necesaria intensidad, puede decirse que está reducido á los estrechos límites del cuadro ó del grupo escultórico, y es el que mayor amplitud y grandiosidad adquiriría, combinándose en su producción las tres artes hermanas. Subordinando la ornamentación á la arquitectura y procediendo con lógica, se debe procurar que los detalles todos correspondan al conjunto, sustituyendo los atribu-

tos paganos, que hoy decoran los pórticos de los templos con visible impropiedad, por otros en que se representen los mandamientos, misterios y prácticas de la doctrina cristiana, de modo que el creyente se sienta impresionado y se penetre de la grandeza de la religión, con lo cual se ejercerá una influencia educativa y moralizadora.

Mas que para la obra sea completa y armoniosa, necesario es que las tres artes plásticas se unan y compenetren, y que la arquitectura como hermana mayor señale el puesto que han de ocupar la pintura y la escultura; del mismo modo que en el arte lírico-dramático el libretista proporciona al músico el medio de lucir su inspiración.

Igualmente se hace indispensable en la estatuaría al aire libre, que la arquitectura y la escultura se identifiquen en una aspiración comun, sin lo cual no es posible obtener un buen conjunto, pues si obran independientemente, es casi seguro que la una predominará sobre la otra, relegándola á segundo término, con notable desequilibrio, ó que aun teniendo la misma importancia y estando igualmente acertadas, ofrezcan un conjunto inarmónico por no obedecer á un plan preconcebido y acordado de antemano.

Por este sistema de la unidad de pensamiento que se emplea con éxito satisfactorio en el extranjero, se están produciendo verdaderas maravillas, y debemos seguir el ejemplo en lo que al plan se

refiere, pero sin imitar la factura, sino por el contrario, tratando de darle carácter propio adoptándolo á nuestro temperamento é inclinaciones, con el fin de reconstruir un arte genuinamente nacional como lo ha habido en épocas de florecimiento ya lejanas, en cuya reconquista puede influir la exuberante vejetación de nuestro fertil suelo, la rica variedad de nuestra escala zoológica, y más que nada las pintorescas costumbres regionales que se cobijan bajo un cielo incomparable.

Es triste ver el estado de decadencia en que se encuentra el arte patrio, porque decadencia puede llamarse el caminar á la zaga de las demás naciones, cuando por abolengo, por temperamento y por orgullo de raza debiéramos formar á la vanguardia.

En este país privilegiado, donde la alegría y la belleza son proverbiales, donde la naturaleza es pródiga y la raza noble y varonil; donde la hidalguía ha trazado una brillante historia formada por un pasado de aventuras legendarias y un presente de resignación heroica, en una nación tan magnánima en la grandeza, como digna en la adversidad, tan pletórica en heroismos sublimes y en gloriosas epopeyas dignos de immortalizarse en mármoles y bronces, los artistas deberían brotar por generación espontánea, potentes y avasalladores, y brotarían á poco que el espíritu indiferente de esta época de escepticismo sacudiera el letargo que le domina,

y con solo que los amantes de las buenas tradiciones estimularan el instinto artístico de una brillante juventud que se apresta á la conquista de la gloria con legítimas esperanzas, y solo espera una orientación para dar empleo adecuado á sus nobles ambiciones.

También la crítica por su parte puede y debe contribuir á la obra de regeneración, ejerciendo su alta misión educadora con severidad y sin contemplaciones, único modo de que ese fecundo germen que se inicia fructifique, pues el prodigar alabanzas con excesiva benevolencia, dá lugar á que los artistas se duerman en los laureles y se crean relevados de perfeccionar sus obras, y solo conduce á crear falsas reputaciones, y á que la opinión se extravíe creyendo verdaderas maravillas ciertas obras que solo tienen un mérito relativo, lo que sirve de pernicioso ejemplo á la juventud inexperta, que por buscar el facil aplauso y la satisfacción del amor propio, lo sacrifica todo al afectismo, olvidando el concienzudo razonamiento y el respeto que se debe á los sagrados intereses del arte.

Mucho tenemos que agradecer á la crítica por su condescendencia, pero no menos tenemos que demandarla por su falta de sinceridad que ha hecho estacionarse á estimables artistas llamados á realizar más grandes empresas si se les hubiera fustigado con justas censuras y guiado con atinadas advertencias.

Para no abusar de vuestra paciencia, terminaré concretando las consideraciones que he tenido el honor de someter á vuestro ilustrado juicio, repitiendo que creo indispensable una transformación radical en el arte decorativo, concediéndole la atención que merece, y que todos cuantos moral ó materialmente nos interesamos por el arte patrio, tenemos el deber ineludible de procurar su engrandecimiento, realizando la empresa patriótica de reconquistar para él el respeto y la admiración de propios y extraños, contribuyendo á ello cada uno en su esfera y en la medida de sus fuerzas; el profesorado formando buenos artistas mediante una enseñanza sólida y metódica: la crítica, ejerciendo su sagrado ministerio con imparcialidad, sin enconos ni complacencias, aplaudiendo sin exageración y censurando sin acritud; y los artistas, inspirándose en la realidad, estudiando la naturaleza, cambiando impresiones entre sí y procurando unificar sus conceptos para que en toda producción artística en que tengan representación distintos géneros, presida un plan razonado y metódico.

No hay que olvidar que esta docta corporación, en su calidad de supremo tribunal consultivo, tiene la más difícil misión que cumplir, cual es la de dictar sus fallos inapelables con estricta justicia, y sostener la virtud de sus efectos con energía para bien de su propio prestigio.

Y yo, el último de todos, no solo en el orden cronológico sino en el de los merecimientos, me esforzaré por seros útil en el desempeño de vuestras árduas tareas, compartiendo con satisfacción y orgullo la responsabilidad moral de vuestros actos, con la esperanza de hacerme acreedor á vuestra estimación, y á la honra que me habéis dispensado.

HE DICHO.

Datos biográficos de D. Jerónimo Suñol.

Nació el insigne escultor D. Jerónimo Suñol en la ciudad de Barcelona el día 13 de Diciembre de 1839; murió en Madrid el día 16 de Octubre de 1902.

El período de sesenta y tres años que encierran estas dos fechas representa una vida de lucha y de constancia, de anhelos y zozobras, de todas las alternativas que puede tener un temperamento entusiasta y ansioso de gloria, sostenido por una voluntad firme y una energía de carácter capaces de vencer todas las dificultades que se opongan al logro de un ideal.

De la necrología suya, publicada á raíz de su muerte en *La Vanguardia* de Barcelona por el Sr. Rodríguez Codolá, reproducimos los siguientes párrafos que dan noticia de sus primeros pasos por la senda del arte:

«Hijo de un modesto carpintero barcelonés establecido en la calle de Barbará, destinábalo su padre á que le sucediera en el manejo del escoplo y el cepillo; pero el muchacho, que sentía más afición por el mazo y el cincel, hubo de confesarlo sin rodeos, y sin rodeos también le contestó el autor de sus días que nunca le faltaría el plato en la mesa, pero que para las demás exigencias de la vida se las agenciara como pudiera,

»En libertad el mozo para dedicarse á sus aficiones predilectas, entró en el taller de un tal Passarell, escultor de menor cuantía, de esos que en la jerga de los artistas se les llama *santeros*.

»Además, juicioso de suyo y ávido de estudiar, concurría por las noches Suñol á las clases de la Lonja. Con aquella penetración en él innata, pronto se hizo cargo de que solamente triunfa en arte el que no desperdicia día ni hora, el que consulta sin descanso el natural. De ahí que

aprovechara todos los momentos de que podía disponer, domingos inclusive, á hacer estudios del modelo vivo en un cuartucho que alquiló frente por frente de la tienda de su padre.

»Allí se encerraba á interrogar la forma humana, á familiarizarse con ella, á dominarla. Pero el novato escultor crecía al par que sus aspiraciones, y abandonando á su primer maestro pasó al taller de los hermanos Vallmitjana, de quienes trasladó al mármol varias figuras.

»Por aquellos días modeló, por encargo de Clavé, una representando *Euterpe*, que fué colocada en los jardines de ese nombre. El año 1862, con las economías hechas á costa de mil privaciones, y con la cantidad que le dieron por un tríptico en madera que tuvo expuesto en una marquería de la plaza Real, realizó el proyecto que ha tiempo acariciaba: ir á Roma.»

Aquí da principio su notoriedad y la serie no interrumpida de sus triunfos. El año 1864 presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes su famosa estatua del *Dante*, que produjo honda emoción, más que por su mérito positivo, con ser mucho, por la nueva tendencia que en ella revelaba.

Esta obra había sido ya admirada y elogiada como merecía en Roma, cuna del arte, donde la expuso por consejo de su paisano y entrañable amigo el inmortal pintor Fortuny.

No obtuvo en Madrid la recompensa merecida por preocupaciones de escuela del Jurado, obteniendo sólo segunda medalla; pero por consejo del mismo Jurado presentó dos años más tarde una estatua de estilo clásico *Himeneo*, con la que obtuvo primera medalla.

Volvió á Roma por tercera vez, donde poco después ejecutó el monumento á O'Donnell que se conserva en las Salesas Reales.

Repatriado forzosamente por motivos de salud, el año 1875 fijó su residencia en su ciudad natal, donde le aguardaba el desengaño de verse olvidado por sus paisanos.

La amargura que le produjo aquel injusto desvío, unida

á otras contrariedades, influyó de tal modo en su ánimo que estuvo á punto de abandonar el arte para siempre.

Por fortuna para él y para el arte, los artistas catalanes le confiaron el cargo de Jurado en la Exposición de Bellas Artes de 1876, trasladándose á Madrid con tal motivo, donde la suerte le fué más propicia, pues á poco de llegar fueron tantos los encargos que recibió que apenas podía cumplirlos.

Este éxito le alentó, decidiéndose á trasladar aquí su residencia, siendo tantas y tan admirables las obras que produjo en poco tiempo, que no tardaron en franquearle las puertas de la Real Academia de San Fernando.

Estuvo encargado de la dirección de la parte escultórica en las obras de San Francisco el Grande de esta corte, ejecutando los arcos torales y las magníficas estatuas en mármol de *San Pedro* y *San Pablo*.

El catálogo de sus obras sería interminable si hubiéramos de citarlas todas.

Recordamos además de las citadas las siguientes:

Las Bellas Artes, grupo en piedra existente en el Museo del Prado.

Sepulcro de Álvarez de Castro, en Gerona.

Sepulcro del Dr. D. Mariano Salazar, en San Isidro (Madrid).

San Francisco Javier, imagen polícroma, en Navarra.

La Piedad, grupo, también polícromo, existente en los Escolapios de Barcelona.

Santa Teresa, San José y *Santa Lucía*, en Santander.

San Raimundo de Peñafort, por encargo del Marqués de Linares.

Petrarca, Beatriz, Canto Storia.

La tercera tentación de Jesús.

Estatua de D. Pedro Duro, para la Felguera (Asturias).

Estatuas de Colón para Madrid y Nueva York.

Estatua de Salamanca, emplazada últimamente en Madrid.

Escalera del palacio del Duque de Denia.

Ornamentación del palacio del Marqués de Linares.

El Día y La Noche, alegorías, por encargo del Conde de Valdelagrana.

Los crepúsculos, para el mismo.

Retratos en mármol del Marqués de Perijáa, Marquesa de la Laguna, Fortuny, Rosini, etc.

De este género ejecutó infinidad de trabajos que no es posible recordar.

Obtuvo muchas y merecidas distinciones en España y en el extranjero y formó parte del Jurado internacional nombrado por el Gobierno de Víctor Manuel para proveer las vacantes ocurridas en la Escuela de San Carlos de Roma con motivo de la unidad de Italia.

Sufrió con resignación y venció con perseverancia muchas contrariedades y decepciones, de las que merece citarse, por lo curiosa, la que encontramos en una nota de la necrología á que antes nos referimos.

Hablando del *Himeneo* dice:

«Cuando D. Víctor Balaguer fundó en Villanueva el Museo que lleva su nombre tuvo empeño en que en él figurara esa obra de Suñol, que su autor creía perdida.

»Después de peregrinar por todas las dependencias del Estado en donde podía creerse probable hallarla, fué encontrada en los subterráneos del Museo del Prado, manca, perniquebrada, hecha una verdadera lástima. Suñol, al verla en tal estado, sufrió un disgusto, y con el cariño de padre presto acudió á reconstruirla».

En otro lugar del mismo trabajo consta que en vísperas de cerrarse el concurso para el monumento al Marqués del Duero se le cayó el boceto que pensaba presentar y se le inutilizó en términos que no lo pudo rehacer y tuvo que renunciar á la lucha.

El día 16 de Octubre de 1902 se apagó para siempre aquella inteligencia privilegiada al extinguirse aquella vida tan laboriosa y tan fecunda para el arte, en el que dejó tantas maravillas y tantos modelos dignos de ser imitados.

CONTESTACIÓN

DEL

Excmo. é Ilmo. Señor Don Amós Salvador



SEÑORES:

¡Ya no sé contar el número de veces que voy teniendo el honor de representar á la Academia en actos parecidos á éste!

He agotado, por lo tanto, los escasos recursos de mi ingenio para manifestar tan repetidas veces mi reconocimiento en formas diversas, y me limito ya á darle lacónicamente las gracias.

Debo ahora el verme nuevamente en este trance á la indicación cariñosa de mi querido amigo don Aniceto Marinas, y así como he suprimido las frases de gratitud, omito el dar á conocer mis opiniones, ya muchas veces expuestas, acerca de lo que, en mi sentir, debe hacerse en los discursos de contestación, que es, en suma, presentar el académico recipiendario á los que han de ser sus compañeros, darle en nombre de éstos la bienvenida y dejarle por entero el disfrute de una solemnidad que solamente á él se le dedica, no tocando para ello su discurso, porque de cualquiera suerte que se tocara, parecería que se aleccionaba.

Nadie estimará, sin embargo, que me salgo de ese propósito, añadiendo unas palabras de cariñoso recuerdo para el Sr. Suñol, á las sentidas y elocuentes que le ha dedicado el Sr. Marinas.

Para los que lo hemos tenido por compañero, ha sido una pérdida que no puede menos de afectarnos hondamente, porque, no sólo era un artista estimabilísimo, sino hombre de tales prendas personales, que si mucho se le admiraba, más aún se le quería.

¡Tenga, pues, la seguridad de que en tanto que vivamos nosotros, vivirá él en lugar preferente de nuestra memoria!

Pero en la difícil substitución, no cabe dudar que ha obrado con singular acierto la Academia, porque nuestro nuevo compañero reúne cuantas condiciones pudieran desearse para ocupar dignamente la vacante.

Así como el Sr. Suñol perteneció á una exigua minoría, que logró con su esfuerzo dejar á la nueva generación, en un período de decadencia, señales por donde pudieran apreciar el valor de la escultura patria, pertenece el Sr. Marinas al estado mayor del notabilísimo grupo que, en nuestro tiempo, ha elevado esa manifestación artística hasta alcanzar niveles tan altos como los que más puedan enorgullecer á las demás naciones.

Y es ya, aunque muy joven, tan conocido y apreciado, que sería estéril tarea la de hacer su presen-

tación. Pensionado por la Diputación provincial de Segovia, y por iniciativa de su primer maestro don Fernando Tarragó, vino á Madrid é ingresó en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, y estuvo en ella desde 1884 á 1888, teniendo como profesor particular á nuestro querido compañero D. Juan Samsó.

En la Exposición de 1834 presentó su primera estatua «San Sebastián mártir», y fué premiada con segunda medalla.

En 1888 ganó por oposición la plaza de pensionado en Roma.

Durante los cuatro años de pensión, hizo los envíos reglamentarios, que le valieron notas muy honrosas, y ejecutó trabajos, difíciles ahora de enumerar, por la Academia. Entre ellos, el grupo «Descanso del modelo» fué premiado con segunda medalla en la Exposición nacional de 1890, y á una reproducción de ese grupo se premió con medalla de oro en la Exposición internacional de Munich.

En la asimismo internacional celebrada en Madrid el año 1892 presentó el grupo «Dos de Mayo de 1808» y obtuvo por él primera medalla.

Terminada su misión en Roma hizo, por encargo del Sr. Obispo de Salamanca, dos colosales alto-relieves para la iglesia de San Juan de Sahagún, fundidos en bronce y representando dos pasajes de la vida del santo: «Pacificación de los Vandos» y «Milagro del pozo amarillo». Es digna de notar-

se en estos trabajos la manera de resolver el difícil problema de dar valor á los términos ocupados por más de treinta figuras, disponiendo de muy pequeño espesor, y así lo apreció el público, elogiando la obra.

En 1899 ejecutó la estatua de Velázquez, que presentó en la Exposición del mismo año, obteniendo otra primera medalla y la Encomienda de número de Isabel la Católica.

Ha ganado los concursos abiertos para erigir estatuas á Moreno Nieto en Badajoz, á Legazpi en Zumárraga, á doña Concepción Arenal en Orense, á Guzmán el Bueno en León y al héroe de Casorro en Madrid.

Se le ha encomendado el bajo relieve que decora el tímpano de la iglesia de Santa Cruz, tiene la Encomienda de número de la orden de Alfonso XII y ha ganado últimamente por oposición la cátedra de Arte decorativo de la Escuela Central de Artes é Industrias.

Ya véis que difícilmente á su edad se puede trabajar tanto ni haber obtenido más premios y recompensas, ni haber ganado tantos concursos, ni haberse creado más sólidamente un nombre artístico, que aún ha de acrecentar, porque, con ser mucho lo que ya vale, todavía es mucho más lo que de él se espera.

Del discurso que acabáis de oír, ya he dicho por qué razones no debo yo decir una sola palabra;

pero sugiere tantas ideas artísticas de todo género, ya de líneas generales ó de conjunto, ya de detalles, aunque hace alarde de no presentarlas más que en esbozo, que no se dirá que faltó á mi propósito si dedico mi atención por unos instantes á cosas que, por su misma insignificancia, apenas tienen cabida en trabajos que, como el suyo, tienen más alto vuelo.

Cuando habla acertadísimamente de la necesidad, más aún que conveniencia, de que se armonicen en toda clase de monumentos, sean ó no al aire libre, la arquitectura y la escultura para producir obras verdaderamente bellas, se vienen á la imaginación gran golpe de ideas susceptibles de grandes desarrollos, ya se atienda á la concepción, ya á la manera de realizar la intervención escultórica en la obra arquitectónica, ya, en fin, á la apreciación de detalles, entre los que muchos, todos, mejor dicho, tienen importancia y parecen baladíes.

Y quiero demostrar esto último fijándome en alguno, porque de lo que haya de apreciarse como verdaderamente grande ya he dicho que prescindo.

Entre los detalles que parecen insignificantes de los monumentos de carácter público, pueden señalarse el de la altura á que pueden colocarse las estatuas y el de las pátinas que se adopten para las de bronce.

Si se preguntara á qué altura deben ser colocadas las estatuas, no se haría esperar esta rotunda

respuesta: «Á todas; porque desde las mayores á que se encuentran las que ocupan la cima de las más altas columnas, hasta las menores que nos las presentan apoyadas en el suelo, á todas las alturas intermedias se hallan estatuas que producen de por sí buen efecto artístico, y no sólo sin dañar, sino contribuyendo eficazmente á la belleza de conjunto del monumento á que pertenecen.»

Y no habría más que pasar adelante, si se aceptara la fórmula de que el arte consiste en la producción de lo bello, por no interesa cuáles sean los elementos que se combinen ni los medios ó procedimientos que se adopten, para lograr el efecto que siempre la belleza produce.

Pero los que entienden que la belleza plástica ha de reproducir los efectos del natural, y singularmente los que creen que tan sólo en la Naturaleza han de buscarse los modelos y que sólo ella ha de proporcionar los elementos que intervengan en la producción artística, debiéndose reducir los procedimientos á la interpretación sincera ó copia exacta de todos ellos, ¡no encuentran ya la cosa tan llana!

Que, aun tratándose de representar personajes históricos, que han tenido en vida proporciones humanas, se agranden éstas desmesuradamente para acomodarlas á las de los grandes monumentos en que hayan de ser colocadas, parece cosa aceptable y hasta necesaria, porque las dimensiones que el natural proporciona se harían invisibles

á ciertas alturas y porque ningún temperamento artístico rechaza lo semejante. Y no hay para qué decir que si eso se acepta de grado, nada podría oponerse á la adopción de colosales figuras simbólicas á las alturas que se quisiera, porque no habiendo tenido realidad que se preste á la representación, cabe envolverlas en la forma humana; pero conservando la relación de las proporciones es arbitraria la escala.

La dificultad no es esa; la dificultad está en que las estatuas, cualesquiera que sean sus dimensiones, se deforman á la vista cuando alcanzan ciertas alturas, ó por lo menos se presentan en forma desagradable ó poco agradable. Nadie podrá evitar, por ejemplo, el que en una estatua ecuestre, colocada alta, sólo se vea tripa de caballo, ó el que en las pedestres se hundan las cabezas en los cuerpos. Y se preocupan tanto con esto los escultores, que he visto á muchos revolverse contra las grandes alturas, y de alguno de ellos puedo citar un caso muy pertinente:

Había terminado en el estudio una estatua destinada á un sitio público, y era ciertamente muy hermosa; pero tuvo la idea de elevarla hasta la altura que había de ocupar en su emplazamiento, para juzgar del efecto que hubiese de producir, y la encontró tan desagradable y desproporcionada que la rehizo por completo, modificando lo que para ciertos puntos de vista quedaba escorzado,

alargando el cuello é introduciendo otras variaciones, que pudieran mejorar su aspecto una vez colocada en su sitio, pero desnaturalizando imprescindiblemente la obra.

Éste es el problema: ¿Ha de buscarse en lo semejante lo natural, y, cualesquiera que sean las dimensiones dentro de la proporción, dejar que hagan sobre el terreno el efecto que quieran, no de otra suerte que los modelos reales tienen puntos de vista desagradables y poco conformes con la belleza artística? ¿Ó ha de pensarse más en el efecto artístico que en el culto á las proporciones? ¿Hasta qué punto es legítimo en el escultor el producir verdaderos fenómenos, estableciendo relaciones monstruosas? ¿En qué medida pueden tolerarse semejantes monstruosidades? ¿Y en qué modelo habrán de inspirarse para producir esas deformaciones, totalmente arbitrarias y contrarias al arte, siquiera se disculpen con un efecto final casi siempre discutible y muchas veces absurdo?

Porque todavía pudieran defenderse tales ideas cuando el punto de vista sobre el terreno fuera único; pero si son muchos los puntos de vista, no sólo sobre un plano horizontal, como sucede en todos los monumentos al aire libre, sino sobre planos colocados á diversas alturas, como acontece con los que se colocan en calles ó plazas públicas, los cuales pueden hacer forzoso el mirar unas veces de abajo arriba y otras de arriba abajo, ¿quién preten-

dería justificar el empleo de aquellas deformidades, con la presunción de que produjeran en todas direcciones efectos artísticos, cuando precisamente por estar vedados esos efectos á los modelos mismos no deformados y reales y por reconocerlo así, se encuentra justificado el caminar por veredas tan extraviadas?

No pretendo agotar la discusión á que tales ideas dan margen, proponiéndome tan sólo indicar cómo lo que puede estimarse detalles de escasísima importancia, llega á tenerla considerable, y hasta á extraviar organizaciones artísticas asombrosas en escultores de nota; pero ahondando algo más, no sería difícil llegar á tener por razonable el dejar para las grandes alturas y coronaciones de monumentos las estatuas alegóricas de colosales dimensiones y para más bajo las que representan cosas más humanas: el no producir deformaciones en el modelado, variando si se quiere la magnitud total; pero no la semejanza con el modelo: y, finalmente, cuando se temen efectos desagradables debidos á las grandes alturas, dejar para éstas los elementos arquitectónicos y reservar para las estatuas las de nivel inferior; para que sean vistas en condiciones análogas á las que lo son de ordinario los modelos, y sin perder de vista además, que toda exageración es mala en los preceptos y que siempre habrá de modelárseles para acomodarlos al emplazamiento.

Y si estos razonamientos pudieran parecer baladíes, por estimarse relacionados con un detalle insignificante, ¿cuánto más no habrá de parecerlo el de la pátina que se dé á las de bronce? ¡Pues no es tan baladí como parece!

Hace ya tiempo que se ha desarrollado entre los escultores una afición desenfrenada por las pátinas antiguas, ó mejor dicho, por las pátinas que imitan las antiguas, y vale la pena de saber si esas aficiones están justificadas, si no están reñidas con el arte escultórico, si se tienen medios para realizar las imitaciones y si pueden tolerarse procedimientos contrarios al efecto artístico y sólo poderosos para llenar de manchas injustificadas y destruir la belleza de los elementos arquitectónicos y escultóricos con los cuales se combinan.

La admiración que producen algunas estatuas antiguas, se extiende malamente á cuanto con ellas se relaciona, siquiera sea cosa tan arbitraria é independiente de toda concepción escultórica, como la coloración y barniz especial que les dá el tiempo, tan variable y azaroso, como el emplazamiento, orientación en él, dirección de los vientos reinantes, repartición de las lluvias, estado más ó menos permanente de la humedad y otras circunstancias relacionadas con el clima y en combinaci3n con los metales de que la estatua se compone y aun con la forma, puesto que de ella pende el que unas

partes queden expuestas á todas las influencias y otras resguardadas.

¡ Nadie pretenderá, ciertamente, que tantas cosas independientes en absoluto de nuestra voluntad y de notoria arbitrariedad artística, puedan conducir á ningun género de belleza escultórica, cuando ni siquiera cabe pretenderlo de escultor alguno, por grande que sea, obrando libremente y descartando á su antojo todo lo fortuito !

Porque lo que entusiasma, en suma, de las antiguas pátinas, es la variedad de coloraciones que reviste y, singularmente, la distribución de los tonos verdosos, por cuya imitación se han hecho los mayores esfuerzos, torturando el ingenio y perdiendo bien el tiempo. Dejando á un lado el que es condición de la escultura séria el ser monócroma, sólo puede aceptarse, y por excepción, el policromismo, cuando se limita á colorar de manera uniforme determinadas porciones de estatua, porque, otra cosa sería colorear, cuya acepción estricta es la de dar razón aparente para realizar una cosa poco justa, y porque el variar las intensidades, penetrando en el dominio de las sombras, sería evidentemente absurdo.

Pugna, en efecto, con la razón el dar sombras permanentes á una estatua, cuando nada hay en éstas más variable, puesto que se mueve con el foco luminoso y el sol cambia de posición en todo momento. Y siendo las sombras lo más eficaz para

dar á la vista idea de la forma, cuanto tienda á desnaturalizarlas, borrará inexcusablemente el efecto escultórico. Debe dejarse á las sombras que sean en cada instante lo que deban ser y no meterse con ellas para nada, procurando para ello que sea uniforme el color de las estatuas, porque las sombras naturales y variables combinadas con otras pintadas, artificiales y permanentes, harían imposible la apreciación exacta de la forma y sólo podrían dar idea á la mente de verdaderas monstruosidades.

¿Y si no es por su condición de sombrear, en qué otra pudiera fundarse la adopción de coloraciones sembradas al azar, como manchas totalmente inservibles para cosa buena? ¿Qué le importa á una estatua ésta ó la otra nota simpática de color, sea el tiempo ó la mano del hombre quien la produzca, si para nada lo necesita?

Y si lo hecho por un artista, obrando libremente y sin poner en juego otros elementos que su voluntad, y eso que pudiera ser la voluntad de un genio, resulta censurable y por ningún concepto artístico, ¿qué género de belleza podrá encerrarse en una pátina antigua, cuyas coloraciones se deben al concurso de circunstancias absolutamente arbitrarias?

Aquellos sugestivos verdes y azules verdosos, tan admirados en ciertas pátinas, por no sé qué género de sello de antigüedad que en ellas encuen-

tra una preocupación igualmente arbitraria, son como son y están como están distribuidos porque así lo ha dispuesto la pura casualidad: otro sería su tono y distribución, si la estatua hubiera girado á derecha ó izquierda para que las lluvias y los vientos la azotaran en otra dirección, así como si, en otro emplazamiento, hubiesen tenido otra repartición las temperaturas y humedades!

Y, ¿qué carácter artístico podrá asignarse á cosa tan azarosa? ¿Vale la pena de imitar lo arbitrario? ¿No bastará para ello la arbitrariedad sin modelo?

Resulta, pues, que no puede justificarse de modo alguno la imitación de lo que es esencialmente malo y opuesto en absoluto al concepto escultórico, aun cuando se tuvieran para ello procedimientos adecuados y estables, de los cuales no se dispone; pero insistir en esas imitaciones y por medios tan fugaces que sólo sirven para proporcionar al agua de lluvia materias para ensuciar con chafarrinones intolerables el monumento en que figuran, ¡no tiene nombre!

Tengo para mí que aquel soberbio Goya de nuestro compañero Benlliure, que admiramos en el Retiro, aún de bronce, bajaría de cuando en cuando la cabeza para regocijarse en la contemplación de su hermosísima maja desnuda, tan viviente en el mármol como en el lienzo y tan admirable pintada como esculpida; pero ¡ya no lo hará más! ¡Ya tendrá eternamente fija la cabeza!

¡Porque no querrá entristecerse viendo como ha desmejorado él mismo aquella obra admirable, convertida en chafarrinada por los restos de no sé qué antigüedad con que revistieron su traje!

Paréceme á mí que puede afirmarse, sin gran soberbia, que para la conservación y buen efecto artístico de los monumentos, y singularmente de las estatuas deben ser proscritas todas las pátinas que no sean producto de combinaciones químicas provocadas en el metal con el objeto de producir una película tan superficial y ténue como sea posible, de color completamente uniforme y tan homogénea, compacta y duradera como sea dable. Lo demás, sin tener nada de escultórico, tendrá mucho de perjudicial y de artísticamente censurable.

Y no digo más, porque con lo dicho basta para demostrar que ningún detalle puede tenerse por baladí y que todo, por insignificante que parezca, merece estudio muy detenido y razonado, y porque si le diera mayor extensión á este discurso, haría ya tres cosas malas: primera, la de faltar á mis propósitos y convicciones; segunda, la de entorpecer la toma de posesión del nuevo compañero, á quien todos estamos ya ganosos de abrazar; y tercera, la de agotar vuestra paciencia, de la que indudablemente abuso.

Así, pues, Sr. Marinas, ¡bien venido! Señores, ¡muchas gracias!

FE DE ERRATAS

Páginas.	Dice.	Debe decir.
9	sospechado	sospecharlo
16	difentes	diferentes
17	Mas que para	mas para que
18	adoptándolos	adaptándolos
19	afectismo	efectismo
20	virtulidad	virtualidad



